

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 252

25 cts.



LA PASIÓN
DEL LUJO

POR

Richard Dix
Claire Adams
Neil Hamilton

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 252

LA PASIÓN DEL LUJO

Comedia realista,
interpretada por RICHARD DIX, CLAIRE
ADAMS, NEIL HAMILTON, etc.

Producción **PARAMOUNT**

Distribuida por

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EMIL JANNINGS

LA PASIÓN DEL LUJO

Argumento de la película

He aquí un drama en el que no hay ni héroe ni heroína ni quizá traidor: no hay más que dos hombres y una mujer como personajes principales de la obra, y los tres viven en Nueva York, la ciudad en la que nadie parece estar satisfecho con lo que tiene.

Guillermo Prescott, un buen muchacho, era cajero de un Banco importante de la ciudad. Había llegado a aquel puesto por su intachable conducta y su honradez acrisolada. Apreciado por todos, gozaba de una confianza ilimitada.

Estaba casado con Inés, una joven frívola y hermosa, sin la menor experiencia de la vida y dominada por la pasión del lujo. El sueldo que ganaba Guillermo, aunque crecido, no permitía los lujos con que ella soñaba a cada instante. Algunas veces, el marido le había preguntado al verla atareada en las faenas de la cocina:

—¿Verdad que te disgusta este trabajo?

—No creo que haya en el mundo una sola mujer a quien le guste lavar los platos — respondía Inés, con mal reprimido humor—. Pero algún día cambiará nuestra suerte.

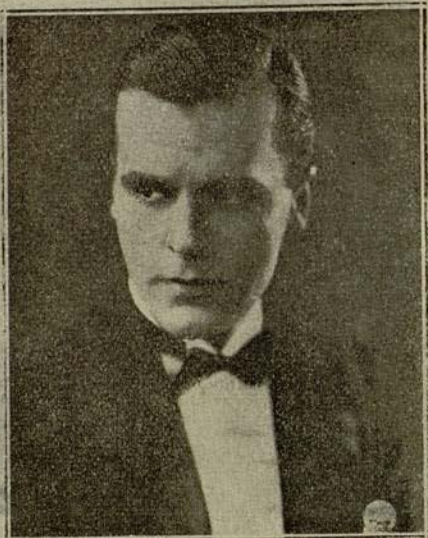


Inés, una joven frívola y hermosa...

Y esperando la problemática prosperidad, iban deslizándose los años, sin que Inés pudiera evitar una sombra de melancolía que latía en lo más hondo de su corazón.

Eduardo Seabury, el subcajero del mismo Banco en que trabajaba Guillermo, era muy amigo de éste. En los últimos tiempos, Eduardo

se había dedicado por cuenta propia a arriesgadas operaciones bursátiles que le proporcionaba Arnaldo Kirke, un especulador empedernido, muy conocido en la Bolsa de Nueva York



Eduardo Seabury, el subcajero del mismo Banco...

Una tarde, Seabury recibió un cheque de cinco mil dólares, beneficio neto obtenido en la última especulación. Aquello iba bien. Si seguía la racha pronto sería rico.

Kirke pretendía que Guillermo se arriesgara en tales operaciones.

—Dentro de unos días tendré un buen negocio que podría convenirle a usted... ¿Le interesa?

Pero Guillermo se negó.

—Eduardo es soltero y puede hacer lo que le parezca bien... Yo no lo soy y no puedo arriesgarme...

Además, sabía que los reglamentos de la Banca prohibían que ningún empleado hiciera operaciones bursátiles... Era inútil insistir... Prefería ser pobre a correr un desgraciado albur.

Aquella misma tarde, visitaba a Inés, una prima suya, llamada Flora, una mujer desdichadamente fea, casada con un rico hacendado de campo. Vestía con una elegancia ridícula, cargada de joyas hasta la exageración, con un afán de ser admirada y envidiada. Inés la contemplaba en silencio, paseando su mirada por las ricas telas que cubrían el cuerpo flaco y horrible de su parienta. ¡Qué suerte tenían algunas mujeres!... Ella, en cambio, no saldría nunca de la pobreza.

—Mi marido acaba de hacer otro buen negocio — explicaba para justificar su esplendor — y me ha dado todo el dinero que le he perdido para que me lo gaste en la gran ciudad.

—Te felicito por tu boda, querida — respondió Inés, admirada.

—¡Oh, gracias! Pero, y tú, ¿qué haces?... Si una vieja fea como yo ha podido encontrar un marido como el mío, con la carita de ángel que tienes podías haberte casado con un multimillonario.

—No me digas estas cosas... Guillermo, el pobre, no tiene suerte...

Pero en el fondo de su alma, comenzaba a surgir el primer grito de rebeldía... ¿Por qué unas tanto y otras tan poco?

Al otro día, en la dulce hora del crepúsculo, maravillosa hora propicia a todas las tentaciones, hora en que la mujer siente encenderse la luz de sus anhelos de poder y de lujo, Inés, sola, por la magnífica calle de la Quinta Avenida, discurría parándose ante los escaparates de las grandes tiendas que ofrecían todas las gloriosas creaciones de la moda... ¡Oh, aquellos vestidos de tul y de plata! ¡Oh, aquellos abrigos de pieles que parecían acariciar!...

Volvióse rápidamente al oír que alguien la llamaba. Era Eduardo Seabury, el subcajero, que la miraba con una expresión feliz. La trataba con la confianza que permitía su condición de amigo íntimo del marido.

—¡Cuánto me alegro de haberla encontrado. Inés...! La invito a usted a tomar el te en el "Palace"...

—Se lo agradezco mucho — contestó ella, sonriente—. Pero voy de compras...

—¡Ah! ¿Va usted a entrar aquí? — replicó Eduardo señalando la lujosa tienda iluminada—. Yo la acompaño...

Ella no tuvo valor para decirle lo que pasaba en su corazón, los anhelos y ambiciones que latían en lo más hondo de su ser.

—¡Oh! — dijo—. No quiero comprar nada... Sólo voy a documentarme...

Inés quedó deslumbrada ante la exposición de maniqués que se celebraba en la gran sala

de la modista. Pasaban ante ellos las modelos, hechas flores de lujo y de amor, con vestidos de ensueño que evocaban las tibias escenas de un paraíso... ¡Oh, la riqueza! Aquellos hermosos trajes estaban hechos para que los lucieran las mujeres jóvenes y lindas... y ella, que tenía juventud... y también belleza, jamás poseería nada igual... Su destino era ser pobre y... para siempre.

Eduardo, hábil conocedor de mujeres, adivinó la lucha interior que sostenía la esposa de su amigo... Y olvidándose, sin duda, de este último detalle, le propuso con la acariciante voz de la seducción:

—Inés, he tenido suerte en una operación de Bolsa y, si me lo permite, voy a hacerle a usted un regalo...

—¿A mí?...

—Sí, un traje, uno de esos vestidos que convertirán a usted en una reina...

Ella le miró, dudosa...

—No me atrevo... Es usted demasiado bueno para mí...

—Es una simple demostración de amistad, Inés... Ande, escoja el vestido que más le guste... De todos modos, usted siempre es sencillamente divina...

Inés ya no vivía más que por el regalo. Y alegremente, sin medir tal vez las consecuencias de aquel acto, adquirió un vestido de tul, bordado en plata, algo estupendo que Eduardo pagó con una satisfacción indecible... En su alma se alimentaban determinados planes con respecto a la hermosa mujer...

Flora, la prima de Inés, se encontraba en el

mismo salón, adquiriendo también un importante lote de vestidos. No pudo reprimir su sorpresa al ver a Inés con un hombre que no era su marido. La llamó a su lado y le advirtió:

—Oye, Inés... yo no diré nada. Si necesitas



—No me atrevo. Es usted demasiado bueno para mí.

alguna excusa, ya sabes puedes contar conmigo...

—Es que nada he hecho malo, Flora... El es un íntimo amigo de Guillermo...

—Ve con cuidado, ¿entiendes?...

Y con su malicia de vieja, Flora parecía insinuar algo monstruoso.

Inés era, en tocante a sentimientos, devota fiel de su marido... Pero aturdida por el regalo,

emocionada por aquel traje que podría lucir, no dió importancia a lo que podía significar aquel presente... Y volvió a casa, radiante de dicha y emoción. Sacerdotisa del lujo, comenzaba a creer en su dios de oro.

Al siguiente día era el cumpleaños de Inés.



Flora, la prima de Inés, se encontraba en el mismo salón adquiriendo un importante lote de vestidos.

Guillermo regaló a su mujer un sencillo relojito de oro con una tarjetita que decía: "A la esposa más hechicera del mundo, Guillermo". Eduardo había enviado, también, otro relojito de pulsera, pero más caro, rodeado por una corona de brillantes, algo de inestimable valor. Además, la había invitado, juntamente con Gui-

lhermo, a cenar aquella noche en el mejor restaurante de la ciudad.

Frente a su tocador, mientras se arreglaba, Inés vacilaba ante las dos pulseras. Sus preferencias eran por la de Eduardo, pero temía que Guillermo considerara aquello como un desdén... Finalmente, en su lucha interna, venció la vanidad al corazón. Pero quiso consultar a su marido la duda.

—¿No te parece que, siendo Eduardo quien nos ofrece la cena de mi cumpleaños, debo ponerme su reloj? — preguntó con perfidia.

Guillermo, que había admirado el hermoso presente regalado por su amigo, respondió después de un momento de silencio:

—Tal vez tengas razón... Póntelo... no tengo ningún inconveniente...

Y ella, autorizada ya, sintió en su alma una alegría creciente... Comenzaba a sentir el viento del lujo que la envolvía, sin notar quien producía el esfuerzo.

Vistióse con el hermoso traje que el día anterior le había regalado Eduardo, y se presentó ante su marido, convertida en una verdadera princesa de amor.

El cajero, ignorante de lo ocurrido, inquirió:

—¿Qué es eso? ¿Quién te ha regalado ese vestido?... ¡Vale un dinerall!... No es cosa para nosotros...

Tentada estuvo ella de responder: "Eduardo". Pero pareciéndole ver brillar una sombra de disgusto en la mirada de él, mintió:

—Es un regalo de mi prima Flora, ¿sabes?... Me quiere tanto... Y es tan rica...

—Siento que se gaste el dinero de este modo... pero... en fin, hay que agradecersele.

Poco después, llegaba para felicitar a su prima, la provinciana Flora. Guillermo salió a su encuentro, radiante de satisfacción:

—Ha sido usted muy amable con Inés, regalándole un vestido tan bonito... Muchas gracias...

Flora mudó de color. ¿Un vestido, ella?... Pero un gesto suplicante de Inés le devolvió su tranquilidad... Comprendía... la modista, el elegante caballero desconocido... ¡Pobre Guillermo!...

—No hay de qué — respondió friamente.

Media hora más tarde, llegó Eduardo.

Los Prescott agradecieron a su amigo el obsequio donado a Inés. Flora miró con altiva curiosidad a aquel joven que no le era desconocido.

—Aquí traigo algo bueno para hacer unos *cocktails*. ¿Tenéis hielo en casa? — dijo Eduardo, sonriente.

Combinaron entre todos una bebida de color opalino. La reunión transcurría con una alegría tal vez artificial... Flora se marchó, para regresar a su provincia, después de haber dado una última mirada a Inés, con la que le indicaba que no cometiese locuras.

—Bueno... amigos — dijo Eduardo—. He mandado reservar una mesa en el Restaurante Henri. Allí encontraremos la mejor cena y el mejor "jazz" de la ciudad.

—¡Oh! ¡Va a ser encantador tomar una cena que no he tenido que guisar! — respondió Inés.

Para Inés, la cena en el restaurante fué inol-

vidable... Aquello era su vida, el ensueño convertido en realidad, lleno de tentación y de lujo... Se consideró desgraciada al notar el cambio entre sus deseos y la dura existencia real... Y la tristeza que de continuo llenaba su alma, aumentó en dolorosa crisis.

Bostezaba perezosamente al realizar la lim-



—Aquí traigo algo bueno para hacer unos cocktails...

pieza del piso... ¡Ella, una criada! ¿Hasta cuándo duraría aquella línea recta y monótona del tiempo, siempre igual?... Y contemplaba el traje de tul, el reloj de pedrería, regalados por Eduardo, y suspiraba... ¿Para qué todo aquello si debía limitar su vida al simple papel de ama de casa?

Guillermo adivinaba esa lucha interior de su mujer. Y un día en que la sorprendió embobada ante el reloj de pulsera regalado por su amigo, tomó la resolución de rogar a Eduardo que evitara regalos de tal valor. A la siguiente mañana, al llegar al despacho, se lo dijo:



Bostezaba perezosamente al realizar la limpieza del piso.

—Ya sé que no lo haces con mala intención, pero temo que acostumbres mal a Inés con lujos que yo no le puedo dar... Te agradeceré, pues, que en lo sucesivo te abstengas de regalarle nada costoso... Y permíteme que no acepte tampoco la invitación que nos hiciste ayer para cenar esta noche en el restaurante. Luego Inés siente el dolor de ser pobre.

Eduardo pareció cambiar de expresión. Y cínicamente, mostrando de pronto al desnudo toda su alma, respondió:

—Y ¿si yo te dijese que lo hago precisamente por eso?...

—¡Tú! ¿Qué quieres decir?... — le respondió, sin adivinar el bajo fondo de sus palabras.

—Estoy enamorado de Inés, y quiero hacerme simpático a ella.

—¿Te has vuelto loco?... ¿Cómo te atreves a decir esto?... ¡No, no, tú no estás bien de la cabeza... no te entiendo!...

—Pues entiéndeme bien, Guillermo — siguió Eduardo con voz silbante y agresiva—. En nuestro país es fácil obtener un divorcio, y es tras de eso de lo que yo voy, y no de otra cosa. Puedes estar seguro... ¿Me comprendes ahora?

Guillermo se sentía morir. Su rostro se contrajo y su boca tembló, pálida de ira. ¡El, su mejor amigo, traicionándole de aquel modo!

—¡Vil! — rugió...

—¡Oh! No te sulfures... Inés tiene una verdadera pasión por el lujo. Yo puedo proporcionárselo y tú no... No puedo hablarte con más franqueza.

Prescott sintió deseos de caer sobre Eduardo y asfixiarle con el dogal de sus brazos... Pero aturdido todavía por el inesperado golpe, por la bárbara traición, sólo tuvo fuerzas para responder:

—No volverás a verla. Te prohíbo que vuelvas a poner los pies en mi casa...

—¡Bah! Eso es ridículo... Inés no se ha dado cuenta de nada. No le he dicho que la quiero

ni se lo diré por ahora... Estoy seguro de que cuando se me antoje...

—¡Basta! — gritó Guillermo con voz de trueno—. Hemos terminado... Desde hoy somos dos desconocidos... como si no te hubiera visto nunca. Pero no te cruces en mi camino... Y no te trato hoy como te mereces, por respeto a esta Oficina...

Eduardo volvió desdeñosamente la espalda y se encerró en su departamento... Había querido dar la batalla frente a frente... ¿Qué le importaba a él destruir un hogar?

Una hora después, Eduardo recibía la visita de Arnaldo Kirke, "su hombre de negocios". Acababa de ganar en otra operación. Dos mil dólares más. Encantado. Pero mientras conversaban, les sorprendió Marcos Culman, el presidente del Banco, quien miró friamente al especulador. ¿Qué tendría que ver aquel hombre descalificado con el subcajero? Preocupado, entró en el despacho de Guillermo.

—Esta es ya la tercera vez que veo a ese Kirke aquí... ¿Sabe usted si Seabury tiene algún asunto con él?

Levantando su rostro pálido, el cajero respondió, desalentado:

—Seabury está enamorado de una mujer casada, dominada por la pasión del lujo, y quiere hacer dinero para quitársela a su marido.

Tenía un gesto tan triste, de tan hondo abatimiento, que Marcos sospechó si Guillermo era el esposo en cuestión. Y le respondió, como animándole:

—Si yo fuese ese marido, no le diría una

palabra de ello a mi esposa, para que no creyera que dudaba de ella...

Y acariciándole cariñosamente la espalda se encerró en el despacho de la Gerencia.

Arnaldo Kirke, después de haber sostenido una larga conversación con Eduardo, entró a saludar a Guillermo.

—Señor Prescott — le dijo—, tengo una oferta de un lote de acciones de la Compañía de Crédito Territorial. Es una ocasión magnífica para ganar mucho dinero, porque sé que van a subir mucho. Yo no puedo con todo el lote. ¿Quiere usted quedarse con una cuantas?

—Ya le dije a usted una vez que no quería arriesgarme en esas cosas.

—Es que ahora es algo seguro... Escúcheme usted... El Banco tiene confiada a su custodia una buena cantidad de obligaciones de ferrocarril que nadie echará de menos durante mucho tiempo... ¿Por qué no toma unas cuantas para poder realizar la operación, y las devuelve sin que nadie se entere de nada?

—No insista... Es inútil...

Kirke se hallaba contrariado. ¡Era terco aquel hombre! ¡El espejuelo de la riqueza no hacía naufragar su tesón! Y de pronto, vió un retrato de mujer sobre la mesa del cajero, y en sus ojos brilló una lucecita de júbilo.

—Vamos... — dijo, sonriente—. ¿No le gustaría a usted poder regalar un buen collar a alguna persona querida?

Guillermo se estremeció. ¡Un collar a Inés!... ¡Precisamente lo que ella siempre hubiera deseado!... Por un momento, pasó por su imaginación el ansia de lujo, el anhelo de riquezas

que vibraba en el corazón de Inés. ¡Si él se atreviera!... Quizás pasaba la fortuna ante él y la dejaba escapar... Contempló, casi con miedo, el retrato de su esposa. ¡Qué bien le sentaría una joya! Pero ¿iba él a perderse, a exponer un dinero que no era suyo?...

—No me atrevo — contestó —. Hay demasiada responsabilidad... Si se averiguara...

—Puedo hacer el negocio a mi nombre pero en combinación con usted. No hay necesidad de que el suyo figure para nada — siguió diciendo el agente, seguro de que al fin caería el otro en su poder.

—No... no puedo contestarle nada... ¡Dios!... entre todos van ustedes a volverme loco...

—Piénselo bien y mañana deme su respuesta...

Aquel día de emociones fué terrible para Guillermo. Un gesto de dolor aparecía estampado en sus labios... Y todavía era necesario tener otra escena desagradable al comunicar a Inés que aquella noche no irían al banquete con que Eduardo les había invitado el día anterior... Disimulando su lucha interna, dijo a su mujer, que estaba ya vestida para ir al restaurante:

—Me parece que estamos abusando un poco de la bondad de Eduardo — explicó sin aludir para nada a la violenta entrevista con su amigo—. Le he dicho que no podíamos ir a cenar con él esta noche.

El disgusto se retrató en los ojos de Inés.

—¿Por qué has hecho eso sin contar antes conmigo?... Sabes que me gusta ir al restaurante y se te antoja renunciar la invitación... ¡No me has comprendido nunca!

—Pero... mujer... comprende que no podemos aceptar tales compromisos...

La indignación de Inés iba en aumento... En aquel instante, hubiera sido capaz de abofetear a su marido.

—Estoy cansada ya de quemarme las manos



Contempló, casi con miedo, el retrato de su esposa... ¡Qué bien le sentaría una joya!

en la cocina — gritó—. Todo el mundo tiene más habilidad que tú para hacer dinero...

—No digas eso... tú sabes bien como me sacrifico por ti...

—¡Fracasado!

—¡Oh! ¡Calla!

Parecía que la escena iba a terminar trágicamente. Ella había roto ya todos los frenos,

lanzando por los labios el dolor oculto en su corazón. Pero el timbre de la puerta les hizo enmudecer, extrañados. ¿Quién vendría a aquella hora?

Era un mensajero con una carta para la señora Prescott. Decía así:

He encargado cena para tres en el Ritz. Si Guillermo se decide, me encontrarán allí esperándoles. Eduardo.

Prescott sufrió un nuevo acceso de rabia. Era necesario abofetear a aquel cínico. ¿Cómo se atrevía, después de la entrevista, a invitarles de nuevo?

—¡No iremos! — exclamó, decidido.

Esa negativa irritó a Inés.

—¡Pues no faltaba más! ¡Arréglate, y pronto! ¡Yo estoy ya vestida!

—¡No, no! Y no quiero que vayas sola.

—Pues ya que te opones sin razón, iré sola...

Y rápida, como empujada por el diablillo de la rebeldía, salió del piso, hacia el hotel...

Quedó Guillermo transido de rabia. ¡La ostentación, el lujo, el ansia de diversiones caras, eran lo que le arrebataban a su esposa!... El la quería para sí y lucharía por ella con todo y contra todos... Sí, sí, no vacilaría más... Aceptaría la operación propuesta por Arnaldo Kire... y ganaría dinero... mucho dinero para Inés.

Lloraba, sentíase envejecido por dentro... Era, únicamente, un pobre enamorado capaz de las mayores locuras para conservar su amor... ¡Inés... luz de su corazón!...

**

No recriminó a su esposa al volver del Hotel. Aquello no sucedería nunca más. ¿Qué quería Inés?... ¿Riquezas, placeres, diversiones?... Pues todo podría proporcionárselo él.

A la mañana siguiente visitó a Kirke en su despacho.

—¿Está usted absolutamente seguro — le dijo — de que la operación de las acciones de la Compañía de Crédito Territorial no ofrece riesgo?

—Absolutamente — le respondió el agente.

—Pues bien... ahí tiene usted treinta bonos...

—¡Oh, señor Prescott, le felicito!... Va usted a labrarse una fortuna... Respondo de ello... Y nadie sabrá una palabra de esto más que usted y yo... Le extenderé un recibo...

Y alegremente, porque él se beneficiaría también como intermediario de la operación bursátil, firmó el siguiente recibo:

Recibí de Guillermo Prescott, treinta mil dólares en obligaciones del S. W. R. R. (Ferrocarriles del Suroeste). Arnaldo Kirke.

Tomó Guillermo el recibo, guardándoselo en la cartera. ¡Ya estaba hecho! ¡Ahora, a esperar! ¡Algo le decía que iba a conocer la riqueza!

Pero al día siguiente, los acontecimientos comenzaron a tomar otro rumbo bien distinto. El director del Banco, Marcos Culmann, entró en el despacho de Guillermo, con muestras de preocupación.

—Tengo que comunicarle algo importante, señor Prescott.

El cajero palideció. ¿Habría llegado a oídos del Presidente alguna cosa?

—He pensado vender las Obligaciones del Ferrocarril del Suroeste — siguió diciendo—, pero al ir a la caja a buscarlas, me he encontrado con que faltan treinta títulos.

Guillermo sintió una honda sacudida por todo el cuerpo... ¡Maldita suerte! ¡Todo descubierto!... Le zumbaban los oídos y sentía vibrar, desacompadadamente el corazón. ¡Pobre de él!

—Sólo usted y Seabury tienen acceso a esos valores — continuó el Director —. En usted tengo absoluta confianza.

Le oía en silencio, sintiéndose moralmente roto...

—Voy a encargar del asunto a unos detectives; mientras tanto no le diga usted una palabra a Seabury...

¿Eso más? ¡Sospechaban del inocente!... Guillermo apenas tuvo fuerzas para decir:

—¡Oh! ¿Quién iba a suponer eso?...

Apenas hubo salido Culman, el cajero marchó precipitadamente a casa de Kirke... ¡Quién sabe! Aun podría arreglarse todo!... Le exigiría que anulase la operación, y restituiría los valores a su puesto... Simularía un extravío, una traspapelación. ¡Nada al final! Y esto le serviría de experiencia para no volver a las andadas! ¡Ah, maldito lujo! ¡Inés le ha llevado casi al borde del deshonor!

Encontró a Kirke ante un enorme montón de telegramas, pálido y con los ojos abultados por el desvelo.

—Quiero que me devuelva ahora mismo

aquellas obligaciones ferroviarias — dijo Guillermo sin fijarse en el rostro descompuesto del agente.

Arnaldo intentó sonreír con un gesto moribundo:

—¡Ay, señor Prescott, lo que son las cosas!... Las acciones de la Compañía Territorial han bajado repentinamente, y he tenido que vender sus obligaciones...

—¿Qué quiere usted decir?... Los bonos, entonces... ¿El dinero?...

—Nada... un cálculo equivocado... Estoy completamente arruinado... Lo siento por usted... Yo pagaré esto con mi vida...

Guillermo estalló en un terrible sollozo que pareció romper su corazón.

Estás deshonorado — se decía—. Te van a encerrar en un presidio... tu porvenir, tu vida, todo roto...

Tambaleándose, como ebrio, salió de aquella oficina. Maldita ambición, maldito lujo... Y todavía, en el fondo de su alma, surgía un grito como una esperanza última.

—Inés... Inés... por ti lo hice...

Kirke le vio desaparecer.

—¡Otra víctima! — exclamó—. ¡Y yo tengo que morir!

Sabía que iban a detenerle de un momento a otro y no quería sufrir el trance horrible de un proceso condenatorio... Tranquilamente, empuñó un revólver. Y un momento después, un tiro resonaba en los ámbitos del despacho como una salva de muerte...

Desesperado, Guillermo anduvo hasta la noche por las calles. Después fué a su casa. Que-

ría comunicar a Inés todo lo ocurrido, esperando hallar en ella el supremo consuelo de su bondad. Pero todavía debía herirle otro golpe más rudo. El piso estaba silencioso; en vano llamó por las habitaciones desiertas, extrañándole esa inesperada ausencia de su mujer. Una carta colocada sobre la mesa le aclaró todo. En un papel estaban escritas estas palabras:

No me esperes a cenar. Inés.

Sintió aún más profundamente el amargor de la soledad. ¡Ah, maldita! ¿Adónde habría ido?... Sus dudas, su trágico dolor, fué cortado por la repentina llamada del teléfono.

Era el Presidente de la Banca, quien le dijo:

—Los detectives están aquí ya. Pase por casa de Seabury y venga con él aquí en seguida...

—Bien...

Pero parecía inmovilizado, clavado en tierra, pareciéndole absurdo cuanto veía... ¡No era posible!... ¿Por qué había hecho aquello?... Ayer todavía, la honradez era su mejor compañera, y ahora, sería descubierto su delito, tratado como un ladrón, encerrado entre las rejas de un presidio, con hombres que convivieron siempre con el crimen...

Iría a buscar a Seabury... Pero, ¿lo encontraría en casa? ¿No se hallaría tal vez en algún restaurante, acompañado de Inés, y conquistando poco a poco el corazón de ella?... ¡Tremenda duda!... Guillermo sabía que las apariencias condenaban a Eduardo, pero ¿iba él a consentir que castigasen a un inocente? Eduardo era su rival, su enemigo... pero no un ladrón... como él...

Arrastrándose materialmente, como un pinga-

jo humano, se encaminó a casa del subcajero. Ignoraba lo que iba a hacer. Estaba muerto por dentro.

En el piso de Seabury se encontraba entre tanto Inés, vestida con un hermosísimo traje de seda que Eduardo le había regalado unos días antes, y cuyo obsequio ella había ocultado celosamente, temerosa de que Guillermo no quisiera aceptarlo... Estaba hermosa, tentadora como nunca... Eduardo la deseó con locura, olvidando su situación para pensar únicamente en aquella divina criatura que el lujo llevaría a sus pies. ¡Así lo creía él!

Estaban en el salón, una pieza cómoda y mullida, perfumada por las más caras esencias... Habían cenado ya... Ella se sentó en un diván... Y Eduardo a su lado, mirándola con ojos chispeantes con todas las llamas de las más terribles pasiones, le dijo:

—Esta mañana he visto una cosa en la joyería, que se me ha metido en el bolsillo y, quieras que no, he tenido que quedarme con ella para usted...

Y abrió un estuche que contenía una sarta de perlas, de la más pura legitimidad. Sobre el peluche de la caja brillaban los granos como pequeños soles morenos.

Ella lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Eduardo, esto es precioso... precioso!

Pero luego, reaccionando instantáneamente, agregó:

—Mas yo no puedo aceptarlo... ¿Qué pensaría Guillermo?

—Puede usted decir que las perlas son fal-

sas, si tiene reparo en aceptar un regalo de este valor...

Ella parecía ya vivir únicamente por las joyas, esas pérfidas compañeras de la mujer... Sus ojos tenían una codicia voluptuosa al contemplar los granos de finísimo oriente...

El mismo Eduardo colocó sobre su cuello desnudo el maravilloso collar. Al cerrar el broche, sintió deseos de besar aquella garganta morena, aquella espalda llena de tentación.

Inés, enamorada del lujo, criatura frívola que para adornarse no reparaba en procedimientos, le miró con ojos de intensa gratitud...

—Sólo me temo que cuando Guillermo lo sepa se pondrá furioso... No quiere que me encariñe con el lujo. ¡Ay, Eduardo! ¿Por qué hace usted esas cosas?

—¿Por qué, Inés? ¡Porque te quiero!... No me había atrevido a decírtelo antes, pero ¡te quiero!... ¡Cuánto daría por que fueses libre para poder casarme contigo!

Y la abrazó con pasión, hundiendo sus voraces labios en la boca primaveral y roja de aquella hermosa mujer... Fué un beso largo, una caricia de mordisco que ella rechazó, pretendiendo librarse de los brazos que la enroscaban.

—¡No... no... eso no, Eduardo!... ¡Yo quiero a Guillermo por encima de todo! ¡Nada le ha autorizado a usted a portarse de esta manera!...

—No me hables de él... No es tu dueño... Tú no le amas... Mientes... Mientes... no digas que sí... A quien quieres es a mí que puedo satisfacer tus caprichos...

Sonó el timbre de la puerta como una señal de alarma. ¿Quién podía llegar a aquellas horas de la noche?... Enmudecieron rápidamente, procurando dominar su turbación... Un sudor mortal les acometió al ver entrar a Guillermo.

—¿Tú aquí? — dijo el cajero mirando a su mujer—. Debí suponerlo...

—¡Oh, Guillermo!... Ha sido una tontería mía... No creo que vayas a creer...

Eduardo le contemplaba serenamente, dispuesto a dar la reparación que podría exigirle el marido ofendido.

—Pero ¿de dónde has sacado estas perlas?

— rugió Prescott señalando el collar que lucía su claridad de aurora sobre la rosa clara de su garganta.

—¡Oh! ¡No vayas a creer! — suplicó ella—. Son falsas... No tienen ningún valor.

—¿Falsas? ¡Veamos!

Y de un manotazo violento las arrancó de su cuello, examinándolas a plena luz. Una sonrisa terrible contrajo su rostro.

—Falsas, ¿eh?... ¡Embustera! ¡Son legítimas y bien legítimas!

Ella le miraba loca de terror.

Guillermo se fijó entonces en el traje de su mujer.

—Y este traje — dijo — y los otros... ¿Te los ha regalado él?

—¡Guillermo! — suspiró ella—. Te juro que no es lo que tú supones. Yo podré haber sido ligera, tonta, insensata, si quieres, pero...

—No te defiendas. Eso lo arreglaré directamente con Eduardo.

Iba a contestar Seabury cuando una llamada telefónica suspendió la conversación.

Eduardo fué al aparato.

—Es el señor Culman — agregó después de un momento de silencio —. Dice que nos espera a los dos en su casa.

—Lo sabía — respondió Guillermo, presa de violenta excitación —. Vámonos allá... Tú, Inés, vete a casa y espérame. Ya hablaremos.

Salieron los dos hombres, sumidos en dolorosa incertidumbre. A Eduardo le extrañaba aquel repentino aviso telefónico del principal: Guillermo sufría horrores, pensando en su responsabilidad manifiesta. ¿Qué iba a ocurrir dentro de poco?

El señor Culman, en su despacho-biblioteca aguardaba ansiosamente la llegada de sus dos empleados. Un par de detectives conversaban con él esperando el instante de detener al ladrón.

Guillermo y Eduardo fueron introducidos finalmente al despacho de Culman.

El presidente saludó con efusión a Guillermo, y con marcada frialdad a Eduardo. Se comprendía que estaba lleno de prevención contra su segundo empleado.

—Siéntense — dijo —. Ustedes — añadió dirigiéndose a los detectives — pueden aguardar ahí fuera. Ya les avisaré.

Obedecieron los dos agentes la orden. Un sudor frío inundaba a Prescott. Culman continuó:

—Hoy he necesitado las obligaciones del Ferrocarril del Suroeste, y he echado de menos treinta títulos... Y he llamado a usted, Seabury, para ver si puede explicarnos esa desaparición.

El más grande estupor se retrataba en el rostro de Eduardo.

—¿Es que quiere usted insinuar que sospecha de mí? — preguntó con voz alterada.

—Cálmese y conteste a lo que digo. ¿No es cierto que se dedicaba usted a especular en Bolsa en combinación con Arnaldo Kirke?

Eduardo bajó la cabeza, anonadado.

—Nuestros detectives se han puesto sobre la pista y han averiguado que las obligaciones han sido vendidas por Arnaldo Kirke.

—Yo no le entregué a Kirke esas obligaciones — gimió —. Telefonéele y que diga él quién se las entregó.

—Arnaldo Kirke se ha suicidado esta tarde. ¡No cuente con su complicidad!

Prescott sentía que iba envejeciendo por minutos. Sobre sus ojos parecía bailar una nube roja, y un frío intenso helaba su corazón. Quería llorar como un niño.

Culman, implacable, seguía acusando al subcajero. Pero éste, con la fuerza de la inocencia, protestaba airado contra la calumnia.

—¡Yo no soy ningún ladrón! ¡Yo no he robado a nadie!

—No me negará usted que durante esta última temporada ha gastado considerables sumas para hacer algunos regalos a la señora de Prescott.

Esta vez Guillermo palideció más... Parecía un hombre extenuado, muerto. Culman, creyendo que su turbación obedecía únicamente al asunto delicado de su honorabilidad conyugal, le dijo:

—Es mejor que espere usted ahí fuera. Podría ofenderle lo que diga...

Salió el cajero arrastrando los pies como un anciano. Culman prosiguió:

—Usted asegura que no es un ladrón... Pero dígame: ¿no es acaso un ladrón de la peor especie el que roba la esposa a un amigo? ¿No tuvo el cinismo de decirle usted mismo a Prescott que iba a quitarle su esposa?

—¡Oh, señor Culman, se lo ruego, no hablemos de eso!... Guillermo fué quien debió sustraer los valores, y calla para quitarme a mí de en medio!

—Guillermo tiene motivos sobrados para odiarle a usted, pero no es tan vil como para permitir que se castigue a otro por su culpa.

Prescott escuchaba junto a la puerta la conversación. Las últimas palabras del principal le conmovieron. ¡Acusaban a un inocente por su culpa, y él lo toleraba! ¡Pero pensó que Inés, en todas las cosas bellas que tiene la vida, en lo hermosa que es la libertad! ¿Qué hacer, Señor, qué hacer?

Culman puso fin a la entrevista con estas palabras:

—Si hubiese usted confesado, yo habría hecho todo lo posible por ayudarle, pero ahora estoy obligado a entregarlo a la justicia.

—Yo le repetiré siempre, mil veces, que comete usted una equivocación. ¡Soy inocente!

Culman llamó a los detectives, ordenando se llevaran preso a Seabury. Al entrar todos en la habitación contigua, donde los agentes habían dejado sobre una mesa las esposas, para apresar al culpable, notaron con sorpresa que habían desaparecido.

Guillermo sentado en un sillón, con la ca-

beza baja, parecía ajeno a cuanto ocurría.

—Oiga, ¿no ha visto un par de esposas encima de la mesa? — preguntó un agente.

Guillermo, levantó los brazos mostrando las esposas que tenía colocadas sobre sus muñecas. Lanzaron todos una exclamación de estupor.

—¡Sí, yo mismo me entrego! — dijo —. Yo soy el culpable. Lo hice para poder satisfacer los caprichos de mi esposa.

—¡Esto no es posible, Guillermo, usted sueña! — dijo Culman.

—Lea este papel y se convencerá.

Le entregó el documento que le había firmado Kirke. Culman le miraba abatido. ¿Es posible? ¡Jamás hubiera podido sospechar! Pero tenía que cumplir su deber; no podía ahora aparentar debilidades cuando fué tan implacable con Eduardo. Ordenó a los agentes que se llevaran a Guillermo. Y despidió a Eduardo después de pedirle mil perdones por haberle tratado injustamente.

Seabury, arrepentido de su conducta, pensando que él era indirectamente el responsable de lo sucedido, corrió a casa de Inés a comunicárselo todo.

La desesperación de Inés fué conmovedora. Revivía en ella el amor por el marido que compartió los dolores y las alegrías del hogar común. Eduardo se acusaba a su vez, con un arrepentimiento generoso:

—He sido un egoísta, un insensato... No pensaba más que en mí mismo... Y he destrozado la vida de un amigo, y la de usted también...

—Hay que salvarle a toda costa... ¡Pobre Guillermo!

Inés corrió aquella misma noche al despacho de Culman. Y suplicó ante él, con una voz desolada de mujer sin amor:

—Yo tengo la culpa... Yo le arrastré al robo para satisfacer mis ansias de lujo... Si hay que castigar a alguien, es a mí...

Culman era uno de esos hombres que no pueden ver llorar a una mujer. Guillermo no era malo. En presidio no encontraría la regeneración; y en la libertad del trabajo, su alma volvería a ser buena...

—Pues bien... tengo que mandar una persona al Brasil a administrar una plantación de café en la Compañía. ¿Querrá usted vivir de nuevo con él en un país lejano? — dijo a Inés.

—¡Iré adónde haga falta!... Al fin del mundo con tal de ayudar a Guillermo y devolverle la felicidad que le robé. ¡Oh, gracias, señor Culman, gracias!

Quería besar sus manos en un transporte de gratitud. Culman dijo aún:

—Si marchan ustedes al Brasil, yo repondré el importe de los valores sustraídos y haré lo posible para que el Consejo de Administración del Banco no proceda contra Guillermo.

—¡Oh, señor Culman! Con toda nuestra vida no pagaríamos lo que usted hace por nosotros... ¡Sí, sí, yo seré otra mujer, odiaré el lujo que nos llevó al borde de la ruina! ¡Seré otra, otra, señor Culman!

Lloraba con dolor verdadero. Volvía a ser una mujer libre, conocedora del dolor, alejada de la pasión del lujo que lleva en su seno el veneno de la muerte.

*
**

Unos días después, los Prescott salían para el Brasil. Y Guillermo perdonó, reconociendo que Inés era ya distinta; que había muerto en ella la mujer frívola del lujo, para crear la verdadera reina, el ángel bueno del hogar.

FIN

Próximo número:

La preciosa novela

EL ANGEL DE LAS TINIEBLAS

Por RONALD COLMÁN

Gran asunto-32 pág.-Numerosas fotos.-25 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles

SIEMPRE LAS MEJORES PELICULAS

Obtiene un éxito sin igual el

NUMERO ALMANAQUE 1927

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

que acaba de ponerse a la venta. ¡32 fotografías, a colores, de artistas de la pantalla!

Si lo ve, lo comprará.

Con el almanaque se regala un álbum para las postales de La Novela Semanal Cinematográfica de 1926